



Contenido para compartir del Retiro Bíblico

"TIEMPO DE GRACIAS Y ESPERANZA"

Salud Perdón y Jubileo

Querido lector:

Compartimos con vos este material de reflexión trabajado durante el Retiro Bíblico realizado por nuestro equipo en julio de 2025, bajo la guía del misionero claretiano Fernando Kuhn. Esperamos que puedas aprovecharlo para tu enriquecimiento personal y/o para compartir con tu comunidad de fe. ¡Te esperamos en los próximos encuentros!

Camino de crecimiento y reconciliación

1- Sentir la visita y la cercanía

Yo estoy junto a la puerta y llamo: si alguien oye mi voz y me abre, entraré en su casa y cenaremos juntos.

Apocalipsis 3,20

Para comenzar podemos leer el último libro de la Escritura, el Apocalipsis. Allí vemos que dice: "yo estoy junto a la puerta y llamo". Es decir, Jesús está cerca de nosotros. Pero no grita ni derriba nuestra puerta interior. Respeta nuestra libertad. No se impone. Espera pacientemente. Tiene esperanza en nosotros. Confía en nosotros. Por eso, creer es una dulce invitación.

Jesús potencia nuestra capacidad de escucha. Sabemos que la libertad humana no se opone a la acción de Dios. Al contrario, el don del amor de Dios, es la que amplia nuestra libertad, ilumina nuestra mente y agudiza nuestro oído interior¹.

Jesús nos dice: "si alguien oye mi voz y me abre" indicando que escuchar es una etapa clave de la experiencia espiritual. No se trata tanto de ver sino más bien de escuchar. ¿Pero cómo escuchar en un mundo aturdido?

¹ En contra del pensamiento de Pelagio, que contrapone la libertad humana a la gracia de Dios, San Agustín dice que la libertad es fruto de una liberación, y que la gracia, lejos de abolirla, es su mecanismo liberador. Ruiz de la Peña, J.L. 1991. El don de Dios. Antropología teológica especial. Editorial Sal Terrae, Santander, p. 279.



Vivimos en la superficie de las cosas y morimos afuera de nosotros mismos. El trabajo, la rutina y los permanentes conflictos nos hacen daño por dentro. Además, las redes sociales, la TV y la música nos aturden todo el día, sin dejarnos un momento de respiro. Es necesario entonces, un silencio interior, el cual es el verdadero maestro de toda vida espiritual. En la vida agitada del siglo XXI, el silencio es un tesoro. El silencio se ejercita, se practica, se vive y se disfruta.

¿Por qué tenemos que hacer silencio? ¿Por qué tenemos que orar? Si nos hacemos estas preguntas es porque nuestra espiritualidad aún no ha calado hondo en nuestra vida. Para ser creyentes no alcanza un conocimiento racional sobre las verdades de la fe. Debemos vivirla como una experiencia de amor que nos conmocione internamente. Sin ello, la fe languidece y carece de vida. En otras palabras, no basta con conocer la verdad y la bondad como contenidos objetivos de un saber; al contrario, hay que entrar en diálogo con alguien que ha tocado nuestra vida, y que es fuente de la verdad y ese bien.

En realidad, nunca “tenemos” que orar. Oramos porque deseamos amar y ser amados. Intuimos que la felicidad reposa en ese encuentro y no estamos equivocados. Por eso, si la madrugada nos descubre leyendo con entusiasmo los evangelios y orando con todo el corazón, es porque Dios nos ha enamorado.

La relación con Dios es intimidad con él, es una gracia recibida y acogida. Y se acompaña naturalmente con oración. Tampoco hay recetas especiales e infalibles para orar dado que a Dios no se lo puede encasillar ni manipular. Vos debés descubrirlo en tu vida. Para ello es necesario humildad, plasticidad y aprender a ver con el corazón.

Cuando hablamos con otra persona el diálogo tiene sus pausas. De la misma manera, nuestra oración no puede ser un monólogo mental que no da respiro. Necesitamos libertad para salir de nuestras estructuras porque Dios se manifiesta cómo y cuándo quiere. Dios es Dios a fuerza de sorprendernos. Para comprender la experiencia de fe necesitamos profundizar la ley de los contrarios. Cuando caemos en la desesperación puede resurgir la vida, así como crece la flor entre las rocas del desierto. Cuando caemos en el vacío, estamos a punto de ser acariciado por Dios.

Muchas veces la tristeza, el dolor, la rutina y el hastío van horadando nuestro ser como la gota de agua erosiona la piedra. Ese ir y venir nos ha llevado a una tristeza inconsolable. Pero de pronto, el viento sopla. Ese viento de las gélidas montañas se lleva todas las hojas secas y los sueños rotos. Ese poderoso viento, ese soplo de vida es simplemente el Espíritu Santo². Él es el maestro interior. Allí, comenzamos a escuchar y sentir algo nunca vivido. Y lloramos sin saber por qué. Es nuestra antigua vida que se derrumba. Es esa brisa que llama a nuestra puerta. Es Dios que nos espera porque nos extraña, nos quiere abrazar y consolar. Quiere remendar nuestro corazón herido.

² La lengua hebrea usa la misma palabra, *Ruaj*, para decir “Espíritu” y “viento”. En el Nuevo Testamento se usa “*pneuma*”. El Espíritu Santo está presente en toda la vida del creyente para santificarnos.



Cuando Dios se encuentra del otro lado de la puerta es momento para hacer silencio y escuchar su voz. Por ello, debemos disfrutar el silencio y “no hacer nada” frente a Dios. Sólo esperar y decir “aquí estoy”. Y eso se logra cuando tenemos un ambiente apropiado. El mar, la montaña y el desierto son lugares donde la naturaleza por su grandeza y belleza nos sorprenden, pero lo realmente importante es tener ese ambiente de quietud en nuestro corazón, sea donde estemos.

Cuando oramos los latidos de nuestro corazón comienzan a formar parte del silencio. Allí, aquietamos nuestra mente y estamos preparados para que Dios nos sorprenda. Jesús estuvo cuarenta días en el desierto antes de iniciar su vida profética (Mateo 4, 1-11) al igual que Moisés que estuvo cuarenta días en la cima del monte Horeb cuando recibió las tablas de la ley (Éxodo 34,28). Sabemos que, en el desierto, los cielos estrellados nos llevan indefectiblemente a encontrarnos con el misterio de Dios.

El desierto implica caminar y convertirse en un peregrino que busca respuestas. Por eso, orar es bucear dentro de vos, no para hacer un análisis psicológico, sino para describir que Dios reposa dentro tuyo, adonde ni siquiera sabés cómo llegar. ¿Cuántos viajes necesitas si lo que buscas es más íntimo que vos mismo?³.

Jesús nos dice “entraré en tu casa y cenaremos juntos”. Claramente él está dispuesto a entrar en nuestra vida y traernos el gozo de su compañía. No es una cena cualquiera, es la bienaventuranza, el amor que se desborda y culmina en su reinado escatológico. Aquí, la palabra “juntos” expresa intimidad. Ya desde la encarnación, Jesús es presentado como “Emmanuel”, es decir “Dios con nosotros”. Por eso, está presente cuando hay dos o tres reunidos en su nombre (Mateo, 19,20). Ciertamente la fe cristiana no sería posible sin la Iglesia, sin la comunidad de creyentes. La oración por excelencia, el Padrenuestro, nos pone inmediatamente en relación con Dios y con la humanidad al mismo tiempo. Al decir “Padre nuestro” comprendemos que Dios no es alguien distante, sino un padre amoroso, y al decir “nuestro”, indicamos que no sólo es “mío”, sino de todos. Claramente la fe cristiana tiene una dimensión de hermandad universal. La fe cristiana nunca queda en el ámbito individual. Siempre nos lleva a los demás, al servicio, al cuidado, al amor hacia quienes más nos necesitan.

Jesús explica a sus discípulos que el Padre habita en él (Juan 14,10); esta inhabitación de personas nos hace comprender la unidad que hay en la trinidad. Es, de hecho, un Dios amante, amado y amor, es uno en tres personas. Esa es la revelación más sorprendente y hermosa que hizo Jesús: que el Dios del Antiguo Testamento es “su” Padre, su “Abba”, su “papá”, y que él es su Hijo amadísimo (Marcos 14,34). Y que el Espíritu Santo es enviado desde el seno de la trinidad para nuestra santificación.

En este contexto, no dejemos que la sonrisa se desdibuje. No dejemos que las emociones negativas hagan una ruina en nuestro interior. La vida tiene sus problemas, sus interrogantes y sus dolores inesperados. Conocemos ese dolor mudo cuando ha

³ San Agustín dice: “No quieras derramarte fuera; entra dentro de ti mismo, porque en el hombre interior reside la verdad” En: Pié-Ninot, 2017. *Teología Fundamental*. Biblioteca de Autores Cristianos, Colección Sapientia Fidei, p. 82.



muerto alguien querido y no pudimos darle el último abrazo. Conocemos la soledad. Pero la vida es también una aventura que merece ser vivida. Atesora una bocanada de aire fresco para quien sabe descubrir el aroma de las de las sierras, para quien sabe escuchar la voz de Dios.

A veces, cuando nos encontramos en un desierto interior, sólo vemos espinas y rocas. Percibimos que el amor es un camino para la felicidad, pero no sabemos cómo seguirlo. Es ciertamente el amor el que hace que la vida valga la pena y da sentido a cada latido de nuestro corazón. Por eso, a lo lejos, en el espejismo de nuestra vida, cuando han pasado muchos proyectos, nos damos cuenta que la felicidad no se compra, menos aún en un mundo rodeado de tanta pobreza que requiere de nuestra mano abierta para ser solidarios y trabajar por un mundo más justo.

No somos felices por una mueca de sonrisa en los labios. Tampoco por emociones pasajeras. La felicidad se descubre en el propio desierto de nuestra vida cuando nuestro corazón escucha las palabras más exquisitas del universo, cuando Dios nos dice: "soy yo, estoy aquí, te amo". Porque él es el amor que arrebata todos nuestros sueños, nos despierta a medianoche para dejarnos sin aliento y nos calma. Dios es ese tú que necesitás para ser quien sos.

➡️ Para profundizar

Palabras claves que te llamaron la atención.

Conceptos para enriquecer tu camino de vida interior

- Creer es un camino interior para aprender a amar
 - Dios desea vivir en vos. Así como el Hijo habita en el Padre, Dios habita en tu interior y en el cada hermano/a.
-



2. Reconciliación es renacer: diálogo con Nicodemo

Había entre los fariseos un hombre llamado Nicodemo, que era uno de los notables entre los judíos.

Fue de noche a ver a Jesús y le dijo: «Maestro, sabemos que tú has venido de parte de Dios para enseñar, porque nadie puede realizar los signos que tú haces, si Dios no está con él». Jesús le respondió: «En verdad, en verdad te digo que el que no nace de nuevo no puede ver el Reino de Dios.»

Nicodemo le preguntó: «¿Cómo un hombre puede nacer cuando ya es viejo? ¿Acaso puede entrar por segunda vez en el seno de su madre y volver a nacer?».

Jesús le respondió: «En verdad, en verdad te digo que el que no nace del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo que nace de la carne es carne, lo que nace de Espíritu es espíritu.

No te extrañes de que te haya dicho: «Ustedes tienen que nacer de nuevo».

El viento sopla donde quiere: tú oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Lo mismo sucede con todo el que ha nacido del Espíritu».

Juan 3,1-8

La fe es un proceso que nos obliga a salir de nuestra zona de confort. Es más, muchas veces nos deja desconcertados, casi sin sustento en el vacío. Pero Dios sabe lo que vivimos. Conoce nuestras luchas interiores y nuestras búsquedas. Ciertamente conoce también nuestros temores escondidos, aquellos que no contamos a nadie. Creer es saber que Dios nos abraza y nos comprende desde nuestra intimidad. Nos ama desde nuestros desaciertos y nos dice “no tengas miedo”.

La fe requiere un nuevo nacimiento y esto lo descubrimos en el diálogo de Jesús con Nicodemo. Ante los milagros o “signos” que Jesús realiza, muchos quedan deslumbrados. Nicodemo, en cambio, siente curiosidad por comprender mejor las palabras de Jesús. Dado que es miembro del Sanedrín, teme que lo vean en público hablando con él y por eso lo visita de noche. ¿Y nosotros? ¿Tenemos miedo de ser criticados por confesar nuestra fe en Jesús?

La noche, como toda noche, está cargada de simbolismo. La fe, como un pequeño fuego, nace desde la oscuridad y comienza a incendiar nuestro corazón. Comienza desde las penumbras y va iluminando nuestras noches más sombrías. La fe es no fácilmente, pasar desde la noche al amanecer.



Nicodemo inicia el dialogo llamando a Jesús “maestro”. Se siente atraído y deduce que viene de parte de Dios porque hace signos extraordinarios. En el evangelio, Nicodemo siempre permanece cerca de Jesús. Aparece en otras dos oportunidades. En un episodio defiende a Jesús en una discusión y en otro momento colabora en su sepultura (Juan 7,50-51; 19, 39-42).

No sabemos cuál fue la pregunta inicial de Nicodemo, pero Jesús expresa una sentencia firme que se inicia con un “amen amen”, lo que es traducido como “en verdad, en verdad te digo” y sigue, “el que no nace de nuevo no puede ver el Reino de Dios”. Nicodemo le responde: “- ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo?”. En este malentendido el adverbio griego “*another*” puede significar tanto “de nuevo” como “desde lo alto” y allí la confusión sirve para explicar mejor las cosas⁴.

Jesús aclara: “En verdad, en verdad te digo que el que no nace del agua y del Espíritu No puede entrar en el Reino de Dios. Lo que nace de la carne es carne, lo que nace del Espíritu es Espíritu”. Nicodemo al igual que cada uno de nosotros, no sabe cómo acercarse a Dios ni cuál es el camino para entrar en su Reino. Sabemos que nacer implica alegría, dolor y transformación. Cuando un niño nace, pasa de un cálido útero, un sitio seguro y protegido, al mundo exterior, lleno de horizontes para conquistar, pero también de dudas y riesgos, donde nadie puede asegurar su vida.

Evidentemente, nacer implica un paso fundamental en la vida humana, dado que significa pasar de un mundo a otro muy distinto. Implica un cambio de vida, un cambio de mirada, un abrir las alas y volar alto. De igual manera, ese nacimiento del que habla Jesús es fundamental, más aún, es trascendental. Es pasar de una vida rutinaria y vacía, a una vida en Dios. Y eso implica dejar que el viento sople con fuerza dentro de tuyo a fin de que se lleve aquellos rencores y miedos, y quedes libre para amar.

Es claro que nacemos dos veces, una de manera humana a partir de nuestra madre, quien, a imagen de Dios, nos brinda toda su ternura. El segundo nacimiento viene del agua y del Espíritu, y ciertamente se vincula al bautismo e inicio de la vida espiritual. Nacer nos hace hijos de Dios desde el propio Hijo. Jesús es la Palabra de Dios que ha venido a morar entre nosotros y si creemos en él, recibiremos el poder de ser hijos/as de Dios (Juan 1,12). Por ello creer es nacer de nuevo para ser hijos/as de Dios.

Nacer de nuevo implica conversión de mente y corazón. Esto implica reconocer el amor incondicional de Dios que nos perdona y luego, como consecuencia de ello, viene el arrepentimiento y el proceso profundo de conversión. Es lo contrario a una concepción legalista donde primero examinamos las faltas. Aquí prevalece como primera instancia, el descubrimiento del amor misericordioso de Dios. En este contexto, el pecado fundamental es rechazar el amor de Dios, rechazar a alguien que nos puede sanar, salvar y hacernos felices.

⁴ X. Léon-Dufour, 1989. Lectura del Evangelio de Juan, Ediciones Sígueme, Salamanca, Vol. I, p. 229.



La conversión es un proceso que avanza por etapas. Es un camino que depende de la historia de cada uno, de tus circunstancias, de tu libertad, de tu capacidad para escuchar y comprender. La conversión implica pensar, actuar y amar como Jesús lo hizo. Y este nacer de nuevo no sólo comprende una espiritualidad personal, sino que se refleja en una vida entregada y fecunda hacia los demás.

Jesús explica a Nicodemo que la acción del Espíritu es impredecible como el viento “que sopla donde quiere, tu oyes su voz, pero no sabes de donde viene ni adónde va” (Juan 3,8). Justamente en hebreo se usa el vocablo ruah para decir “viento” y “Espíritu”. De esta forma, un fenómeno de la naturaleza como es el viento, se transforma en una imagen alegórica sobre el misterio de Dios.

Dios puede hacer maravillas en tu vida siempre que aceptés abrir tu corazón. Dios respeta tus momentos, aun sabiendo que podés rechazarlo. Creer es abrir tu corazón al viento de Dios. De este modo descubrirás como Dios puede abrigarte para que no sientas frío, puede llenarte de certezas para que no vivas en un mar de dudas, puede saciar tu sed para que tu corazón no sienta más ese vacío existencial.

➡ Para profundizar

Conceptos para enriquecer nuestra vida interior

- Creer es saber que Dios nos abraza y nos comprende desde nuestra intimidad
 - El Espíritu sopla sobre nuestra vida, nos alienta y acompaña, seamos o no conscientes de ello.
-



3. La plenitud del sentirse abrazados: parábola del padre misericordioso

Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió profundamente; corrió a su encuentro, lo abrazó y lo besó. El joven le dijo: “padre, pequé contra el cielo y contra ti; no merezco ser llamado hijo tuyo”. Pero el padre dijo a sus servidores: “traigan enseguida la mejor ropa y vístano, pónganle un anillo en el dedo y sandalias en los pies. Traigan el ternero engordado y mátenlo. Comamos y festejemos, porque mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y fue encontrado”. Y comenzó la fiesta.

Lucas, 20-24

En el evangelio de Lucas se esconde el centro del mensaje cristiano. Se trata de la parábola del “hijo pródigo” o mejor llamada, la del “padre misericordioso”, dado que el personaje principal es Dios. La historia la hemos escuchado muchas veces, pero conocerla es algo más que escucharla.

Jesús nos revela que el amor de Dios puede ser tan vasto como el océano, tan grande como el mismo firmamento y tan dulce como la caricia de una madre. Y frente a esto, se desvanecen las prácticas vacías que se conforman con el mero cumplimiento de normas y preceptos religiosos.

Jesús camina hacia Jerusalén acompañado por sus discípulos y una multitud. El evangelio nos relata como los publicanos y pecadores se acercan a él para oírlo, y Jesús come con ellos. Entonces los fariseos y escribas murmurran contra Jesús. Lo critican. No comprenden porque acoge y come con aquellas personas marginadas de la sociedad, consideradas “impuras y pecadoras” (Lucas, 15,1-2).

Jesús invita a todos a su reino, a su banquete que no tiene fin, a la fiesta del amor; a ese cielo y tierra nueva (Apocalipsis 22,1). Pero los que se resisten no son los pecadores “públicos” sino los pecadores más “sofisticados”, aquellos que poseen un corazón endurecido por la soberbia y la autosuficiencia. Se sienten “buenos y justos” ante la sociedad, pero, de hecho, no lo son. Cumplen los preceptos, pero son indiferentes al que sufre, al que vive en la calle, al que mendiga dignidad. Es la hipocresía de hoy y de siempre.

Ante la crítica Jesús no discute, sino que relata tres parábolas: la “oveja perdida”, la “dracma perdida” y la del “hijo perdido”. Las tres tienen elementos en común: nos cuentan como algo perdido es largamente buscado y cuando se encuentra, la experiencia inunda el corazón de alegría, porque “lo que se había perdido ha sido encontrado” (Lucas 15,6; 15,9; 15, 32).



Las dos primeras parábolas son breves y se refieren a la vida diaria, una oveja y su pastor, una moneda (dracma) y una mujer en su casa. Ambas preparan el camino para la tercera parábola, mucho más extensa. Esta parábola, llamada “el evangelio del evangelio”, se centra en la misericordia, el amor incondicional de Dios, síntesis del mensaje cristiano. La parábola se dirige a los que se creen justos (en el relato, los fariseos y escribas) los cuales son legalistas y soberbios, y se indignan ante las actitudes de Jesús.

En la parábola se reconoce fácilmente que la figura de Dios, el cual es el “padre”. Por lo demás, todos somos un poco como el hijo mayor y otro poco como el hijo menor. La parábola comienza con una historia familiar. La de un hijo que pide por adelantado su herencia y se marcha para disfrutar la vida sin responsabilidades. He aquí el famoso “hijo pródigo”. El padre le da libertad para marcharse, la misma que tenemos nosotros para alejarnos de Dios. Muchas veces nosotros también nos alejamos.

El hijo menor, al irse de casa, escapa de sus responsabilidades tras la búsqueda de falsos dioses tales como la riqueza y el placer; malgasta su fortuna, prostituye a las mujeres con quienes tiene contacto. Lo que no sabe, es que queriendo ser libre se prostituye a sí mismo y es esclavo del dinero que malgasta y del poder que éste le otorga. Y en el afán de satisfacer sus deseos, se equivoca de camino. Cree ser feliz sin Dios, pero se vacía de sentido y se pierde a sí mismo. Al igual que el hijo menor, caemos en el abismo del sinsentido y allí nos damos cuenta que lo único que colma nuestra sed interior es Dios. No hay nada ni nadie que llene el espacio de nuestro corazón.

Es necesario entonces darnos cuenta que la tierra sagrada debe pisarse con los pies desnudos, sin ninguna otra falsa seguridad que la del propio ser. Es necesario sentir el gozo de existir, libre de otros placeres, libre de ídolos, libre de las cadenas del dinero y las posesiones.

El hijo menor se da cuenta que está alienado, porque vivir no es simplemente respirar y latir un corazón. Vivir es existir, es decir “pararse delante” de la vida.

Pero cuando decide regresar no espera nada de su padre, sólo ser tratado como un jornalero más en el campo, lo que sería “justo” para una justicia distributiva, donde cada uno recibe según su comportamiento. Comprende perfectamente que sus pecados le han quitado la dignidad de hijo.

¿Cuántas veces nosotros somos jueces implacables de nosotros mismos?

Creemos que no tenemos perdón de Dios, pero lo que no sabemos es que nosotros no nos perdonamos. Dios siempre nos perdona, pero nosotros no.

Debemos pues, aceptar nuestros errores, nuestros enojos, nuestra indiferencia. También debemos aceptar nuestros rencores contra lo que nos tocó vivir. Cada uno tiene un nudo en la garganta que debe aceptar. Si no nos perdonamos a nosotros mismos, no seremos libres.



El regreso significa volver. Cuantas veces vamos y volvemos, cuantas veces repetimos los mismos caminos, pero la clave es no cansarse de volver. Volver es convertirse, es renacer.

Y cuando el hijo menor va regresando por el camino de tierra, viendo los árboles dorados del otoño, comienza a interrogar cada silencio, a respirar el aire puro a bocanadas, como si naciera de nuevo, porque, de hecho, lo está haciendo. Es necesario “nacer de nuevo”, “nacer del agua y del Espíritu” para entrar en el Reino de Dios (Juan 3, 3-5).

Regresar a la casa de Dios es descubrir las más bellas utopías, es valorar cada trozo de vida, es comprender el dolor y la necesidad de la gente que sufre, es superar la indiferencia. Regresar en vivir la naturaleza como una casa común, y cada ser vivo como un hermano, con el respeto que se merece y se había perdido. Volver no como una bestia que acapara y quiere todo para sí, sino como una persona humana que sabe que la única riqueza es la que se puede atesorar en el corazón.

La conversión es darse cuenta de que Dios nos ama sin condiciones ni razones. Dios nos ama con todas las modalidades del amor humano, ya que éstas proceden del mismo amor divino. Por eso, el padre, al divisar desde lejos a su hijo no lo trata con distancia ni lo sanciona, al contrario, lo abraza y lo besa conmovido. Y esto refleja el rostro maternal de Dios.

El personaje principal de esta parábola es el padre, quien representa a Dios, un Dios que es puro don de sí. Por ello espera con ansiedad a su hijo, lo divisa desde lejos y cuando lo ve “se commueve”, corre, se echa a su cuello y lo besa efusivamente, actitudes completamente inusitadas para la cultura judía de aquella época. En este caso, la conmoción tiene rasgos maternales. Aquí el padre le trae nuevas vestiduras, le pone un anillo y sandalias, tres cosas que simbolizan aspectos claves. La vestidura cubre la desnudez y la vergüenza que produce el pecado, exactamente lo que habían vivido Adán y Eva (Génesis 3,11).

Por eso el padre se apresura a vestirlo. San Pablo nos dice que ser cristiano es estar “revestidos de Cristo” (Gálatas 3,27), es decir, “revestidos con entrañas de misericordia, bondad, humildad, mansedumbre y paciencia” (Colosenses 3,12).

Por su parte el anillo le devuelve al hijo su derecho como tal. Finalmente, colocarle sandalias implica darle la categoría de hombre libre, pues, en aquella época, los esclavos estaban descalzos. Una vez perdonado, el hijo es libre de los ídolos que lo habían esclavizado.

Jesús, como revelador del misterio trinitario, nos exhorta a sumarnos a una fuente de amor que viene desde el Padre hacia el Hijo y desde allí a todos los



hombres (Juan 15,9). Jesús nos dice: “sean compasivos, como vuestro Padre es compasivo” (Lucas 6, 36-37), invitándonos a tener el mismo corazón para perdonar.

El perdón del padre con gestos maternales nos recuerda que, en hebreo, la palabra misericordia (del latín, *cors*, corazón, *miseri*, pobres) tiene un amplio significado. Por un lado, *hesed* es la misericordia en bondad y fidelidad y tiene una connotación más paternal. Por otro lado, *rah min* (derivado del propio regazo materno, *rehem*) es la misericordia de la ternura y el perdón incondicional, y tiene un matiz maternal⁵.

La conversión es dejarse sorprender por la ternura de Dios, a pesar de nuestras debilidades y faltas. En otras palabras, “la mirada de Dios hacia el pecador es tierna y benévola como la de una madre hacia el hijo enfermo”⁶.

Por su parte, el hijo mayor queda contrariado, porque le sorprende la actitud del padre. Se encuentra enredado en el mero cumplimiento del deber, en un legalismo que ahoga la vida y le roba alegría. De hecho, nunca ha sido feliz con su padre y le reclama no haber festejado nada (Lucas 15, 29-30).

El padre sale en busca del hijo mayor, pero éste se encuentra ofuscado. Entonces el padre le explica y le corrige la expresión de desprecio hacia el hijo menor. Donde decía “ese hijo tuyo” el padre le rectifica “este hermano tuyo”. Aquí nos damos cuenta que la misericordia de Dios nos guía hacia el amor fraternal. El hijo mayor también debe convertirse, comprender el amor de Dios, perdonar y amar al hijo menor.

La parábola constituye una sorpresa para el pecador y un desconcierto para el que se cree justo. Es, en realidad, una escuela de espiritualidad para ser hijos libres.

En la parábola, la raíz del pecado radica en no creer en el amor incondicional de Dios, pecado que comenten ambos hijos. Y ambos son llamados a convertirse.

Creer es sentir el abrazo de Dios. Es descubrir el amor incondicional de un Dios que nos deja casi atónitos por dentro. Es el misterio de los misterios. Es un Dios que nos busca para abrazarnos. Hay entonces una vivencia interior que espera ser vivida y nada se compara con ella. Será un amor que abarca todos los amores.

⁵ Papa Juan Pablo II. Encíclica *Dives In Misericordia*, Nota aclaratoria nº52.

⁶ Fausti, S. 2014. *Una comunidad lee el evangelio de Lucas*. Editorial San Pablo, Buenos Aires, p. 549.



➡ **Para profundizar**

- No hay nada ni nadie que llene el espacio de nuestro corazón reservado para el infinito.
 - La conversión es dejarse sorprender por la ternura de Dios, a pesar de nuestras debilidades y faltas.
 - Si no nos perdonamos a nosotros mismos, no seremos libres.
-



4. Sostener la esperanza pese a todo

Había un hombre enfermo llamado Lázaro, que era de Betania, el pueblo de María y de su hermana Marta. Esta María era la misma que ungíó al Señor con perfume y le secó los pies con sus cabellos. Su hermano Lázaro era el enfermo. Las dos hermanas mandaron a decir a Jesús: «Señor, el que tú amas está enfermo.» Al oírlo Jesús, dijo: «Esta enfermedad no terminará en muerte, sino que es para gloria de Dios, y el Hijo del Hombre será glorificado por ella.»

Jesús quería mucho a Marta, a su hermana y a Lázaro. Sin embargo, cuando se enteró de que Lázaro estaba enfermo, permaneció aún dos días más en el lugar donde se encontraba.

Sólo después dijo a sus discípulos: «Volvamos de nuevo a Judea.» Le replicaron: «Maestro, hace poco querían apedrearte los judíos, ¿y tú quieres volver allá?» Jesús les contestó: «No hay jornada mientras no se han cumplido las doce horas. El que camina de día no tropezará, porque ve la luz de este mundo; pero el que camina de noche tropezará; ése es un hombre que no tiene en sí mismo la luz.»

Después les dijo: «Nuestro amigo Lázaro se ha dormido y voy a despertarlo.» Los discípulos le dijeron: «Señor, si duerme, recuperará la salud.» En realidad Jesús quería decírles que Lázaro estaba muerto, pero los discípulos entendieron que se trataba del sueño natural. Entonces Jesús les dijo claramente: «Lázaro ha muerto, pero yo me alegro por ustedes de no haber estado allá, pues así ustedes creerán. Vamos a verlo.» Entonces Tomás, apodado el Mellizo, dijo a los otros discípulos: «Vayamos también nosotros a morir con él.»

Cuando llegó Jesús, Lázaro llevaba ya cuatro días en el sepulcro. Betania está a unos tres kilómetros de Jerusalén, y muchos judíos habían ido a la casa de Marta y de María para consolarlas por la muerte de su hermano.

Apenas Marta supo que Jesús llegaba, salió a su encuentro, mientras María permanecía en casa. Marta dijo a Jesús: «Si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Pero aun así, yo sé que puedes pedir a Dios cualquier cosa, y Dios te lo concederá.» Jesús le dijo: «Tu hermano resucitará.» Marta respondió: «Ya sé que será resucitado en la resurrección de los muertos, en el último día.» Le dijo Jesús: «Yo soy la resurrección (y la vida). El que cree en mí, aunque muera, vivirá. El que vive, el que cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?» Ella contestó: «Sí, Señor; yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo.»

Después Marta fue a llamar a su hermana María y le dijo al oído: «El Maestro está aquí y te llama.» Apenas lo oyó, María se levantó rápidamente y fue a donde él. Jesús no había entrado aún en el pueblo, sino que seguía en el mismo lugar donde Marta lo había encontrado. Los judíos que estaban con María en la casa consolándola, al ver que se levantaba a prisa y salía, pensaron que iba a llorar al sepulcro y la siguieron.



Al llegar María a donde estaba Jesús, en cuanto lo vio, cayó a sus pies y le dijo: «Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto.» Al ver Jesús el llanto de María y de todos los judíos que estaban con ella, su espíritu se conmovió profundamente y se turbó. Y preguntó: «¿Dónde lo han puesto?» Le contestaron: «Señor, ven a ver.» Y Jesús lloró. Los judíos decían: «¡Miren cómo lo amaba!» Pero algunos dijeron: «Si pudo abrir los ojos al ciego, ¿no podía haber hecho algo para que éste no muriera?»

Jesús, conmovido de nuevo en su interior, se acercó al sepulcro. Era una cueva cerrada con una piedra. Jesús ordenó: «Quiten la piedra.» Marta, hermana del muerto, le dijo: «Señor, ya tiene mal olor, pues lleva cuatro días.» Jesús le respondió: «¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?» Y quitaron la piedra.

Jesús levantó los ojos al cielo y exclamó: «Te doy gracias, Padre, porque me has escuchado. Yo sabía que siempre me escuchas; pero lo he dicho por esta gente, para que crean que tú me has enviado.» Al decir esto, gritó con fuerte voz: «¡Lázaro, sal fuera!» Y salió el muerto. Tenía las manos y los pies atados con vendas y la cabeza cubierta con un velo. Jesús les dijo: «Desátenlo y déjenlo caminar.»

Juan 11, 1-44

El episodio de la resurrección de Lázaro es el último signo (milagro) del evangelio de Juan. Este texto rebosa de vida y en ella se destaca la actitud de Jesús frente al dolor humano. Su dolor y turbación estremecen nuestro corazón.

El texto comienza presentando a un enfermo llamado Lázaro, nombre que proviene del hebreo “El’ezer” y que significa “Dios es mi ayuda”. Como es evidente, este nombre adelanta el tema, dado que Dios viene en nuestra ayuda para hacernos comprender el significado del dolor, la enfermedad y la muerte. Viene en nuestra ayuda para darnos Vida.

Lázaro vivía en Betania, una pequeña aldea situada a tres kilómetros de Jerusalén, sobre la ladera del Monte de los Olivos. Betania es una transcripción de *Beth-Ananía*, que significa “casa de Ananías”⁷. Y en esa casa se alojaba Jesús cuando viajaba a Jerusalén, tal como lo indican los evangelios⁸.

En un primer momento, María y Marta, informan a Jesús que su hermano Lázaro está enfermo. En este aviso no mencionan su nombre, sino que dicen simplemente “el que tú amas está enfermo”. En efecto, no se trata de un pedido de auxilio explícito, sino indirecto, apelando al amor. Claramente, Jesús amaba a Lázaro, a María y a Marta, y este texto lo deja bien claro. Ese amor particular se extiende hacia toda la humanidad, dado que el simbolismo de la resurrección de Lázaro prefigura el poder del Padre para

⁷ Rivas, L.H. 2020. El Evangelio de Juan: introducción, teología, comentario. Ágape, Buenos Aires, p. 373.

⁸ Mateo 21, 17; Marcos 11, 11.



resucitar a todos los hombres. Vemos que el centro del texto es la misión de Jesús para dar vida.

Aquí el amor parte de lo singular y concreto, y escala a una dimensión universal dado que Jesús se entrega a la muerte para darnos vida eterna. El amor de Dios se manifiesta en su poder de redención, lo que deja traslucir su gloria. En otras palabras, la gloria del Padre, que da la vida plena, es también la glorificación de su Hijo Jesucristo. Por eso dice “esta enfermedad no es mortal; es para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella”.

En la segunda escena del texto, Jesús y sus discípulos mantienen un dialogo sobre los motivos para volver a Judea. Jesús les explica que Lázaro está durmiendo y que su misión es ir a despertarlo. Sus discípulos no comprenden y tras ese malentendido Jesús les aclara que Lázaro ha muerto. Aquí el texto se detiene para reflexionar sobre la muerte física. El dormir (en griego *koimá*) expresa que la muerte no es el fin del ser humano. De hecho, las primeras comunidades cristianas se referían a la muerte física como un dormir. Por eso se dice los que ‘durmieron en Cristo’ (Mateo 9, 24; Hechos 7, 60; 1 Corintios 15, 18); de allí se deriva el término “cementerio” como “lugar de los que duermen⁹.

En la tercera parte del texto Jesús se encuentra con Marta, antes de llegar a la casa de Lázaro. Marta expresa un reproche: “Señor si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto”. Ella cree que Jesús hubiera sido capaz de curarlo, lo que implica un cierto grado de fe, pero luego le reprocha que se demoró en llegar, y que, por ello, ha muerto. Claramente no cree que Jesús pueda resucitarlo, aunque agrega tímidamente una frase de confianza.

En realidad, el reproche de Marta lo repetimos siempre; es el tuyo, es el mío, es el nuestro: “¿Señor si hubieras estado conmigo”, “¿Señor si me hubieras anticipado lo que sucedería”, “Señor cómo permitiste que pasara esto?”, en definitiva, “Señor, ¿cómo permites la enfermedad y la muerte?”. “¿Cómo es posible que un Dios amor permita el dolor en el mundo?”.

El dialogo con Marta va desde la duda hacia la confianza, desde la oscuridad hacia la luz. Al principio, ella deja entrever que Jesús ha llegado tarde para ayudarlo. Jesús le dice que su hermano resucitará y ella le responde afirmativamente, añadiendo que esa resurrección se producirá “en el último día” tal como se creía en ese tiempo¹⁰.

En contraste, Jesús descoloca a Marta con una escatología presente, es decir, con la nítida afirmación de que él mismo trae la resurrección. Por eso dice la frase central de todo el texto, “Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí, aunque muera, vivirá”. Aquí la expresión “yo soy” recuerda la identidad de Jesús como Hijo de Dios, como Dios mismo. Y en este caso “vida” (*zóe* en griego) es un don presente que ya es

⁹ Rivas, L.H. 2020. El Evangelio de Juan: introducción, teología, comentario. Ágape, Buenos Aires, p. 478.

¹⁰ En los últimos libros del Antiguo Testamento aparece la fe en la resurrección. Por ejemplo, véase: Daniel 12, 2. 13; 2Macabeos 7, 9. 11. 14. 22. 29; 12, 43-45.



concedido cuando creemos y Dios nos hace sus hijos. El mismo concepto se puede decir con la frase que sigue “todo el que vive y cree en mí no morirá jamás”.

Es decir que todo creyente, aunque padezca la muerte física, no podrá ser despojado de la vida eterna, porque en último término, nada ni nadie, ni siquiera la muerte podrá separarnos del amor de Dios, como dice magníficamente el texto de Pablo en la carta a los Romanos (8,30-39). La única condición es permanecer unidos a Jesús. Por eso, le pregunta ¿Crees esto? Hoy, también Jesús nos pregunta ¿Crees que él es la Vida y el sentido de tu existencia?

El dialogo con María da un paso más en profundidad y llega a niveles insondables sobre el propio misterio de Jesús. Aquí María es llamada “en secreto”, es decir “al oído” entre todas las personas que estaban haciendo duelo junto a la tumba, y ella corre para caer a los pies de Jesús. Llora desconsoladamente y repite la misma frase de Marta: “Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto”.

Jesús, viendo su sufrimiento, se compadece, se estremece, se quiebra, se derrumba, cae abatido en llanto. Los diferentes teólogos encuentran dificultades para traducir estas emociones. Literalmente el texto dice que “se conmovió profundamente en el espíritu y se turbó”, literalmente se “estremeció”, sintiendo exasperación, dado que el dolor y la muerte no es deseado por Dios y lo commueve profundamente. Jesús es sumamente sensible al dolor de cada uno de nosotros. Por eso, se agrega también el verbo turbar¹¹, cuyo significado es agitarse, perturbarse, algo así como sentir nauseas.

En suma, el dolor y la muerte turban profundamente a Jesús, a tal punto que luego de preguntar dónde han puesto el cuerpo, “derramó lágrimas”¹², única vez que se usa esta expresión en el Nuevo Testamento.

Aquí Jesús se da a conocer como enviado del Padre, con poder para resucitarnos. Y como es el Hijo de Dios que ha venido al mundo, nos trae consuelo y paz frente a la inquietud y el sinsentido de la muerte. Jesús vence la muerte y nos pregunta ¿crees esto?

Pero a su vez, en este episodio, Jesús comparte con nosotros, de una manera extraordinariamente sensible, la turbación por el dolor y la enfermedad, la agonía y la desesperación de quienes pierden un ser amado. Seguro de sí mismo, y a la vez turbado y triste. Es Jesús revelando el amor de Dios.

Con ello, ante el desconcierto de la enfermedad, nos sentimos acompañados. Él es capaz de quitar la piedra entre la muerte y la vida; es capaz de sacarnos las vendas de la muerte para darnos la libertad de vivir.

➡ Para profundizar

- Jesús nos libera de las vendas de la muerte para darnos la vida plena
- Dios nos ayuda a comprender el significado del dolor, la enfermedad y la muerte, de manera solidaria.

¹¹ Agitar, turbar (en griego, ἐτάραξεν)

¹² Derramar lágrimas (en griego, ἔδάκρυσεν).



5. Pasar de la tristeza al gozo: la experiencia de la cruz

“Dentro de poco ya no me verán, y poco después, me volverán a ver”. Entonces algunos de sus discípulos comentaban entre sí: “¿Qué significa esto que nos dice: «Dentro de poco ya no me verán, y poco después, me volverán a ver?». Decían: “¿Qué es este poco de tiempo? No entendemos lo que quiere decir”.

Jesús se dio cuenta de que deseaban interrogarlo y les dijo: “Ustedes se preguntan entre sí qué significan mis palabras: “Dentro de poco, ya no me verán, y poco después, me volverán a ver”. Les aseguro que ustedes van a llorar y se van a lamentar; el mundo, en cambio, se alegrará. Ustedes estarán tristes, pero esa tristeza se convertirá en gozo”.

“La mujer, cuando va a dar a luz, siente angustia porque le llegó la hora; pero cuando nace el niño, se olvida de su dolor, por la alegría que siente al ver que ha venido un hombre al mundo. También ustedes ahora están tristes, pero yo los volveré a ver, y tendrán una alegría que nadie les podrá quitar”.

“Aquel día no me harán más preguntas. Les aseguro que todo lo que pidan al Padre, él se lo concederá en mi Nombre. Hasta ahora, no han pedido nada en mi Nombre. Pidan y recibirán, y tendrán una alegría que será perfecta. Les he dicho todo esto por medio de parábolas. Llega la hora en que ya no les hablaré por medio de parábolas, sino que les hablaré claramente del Padre. Aquel día ustedes pedirán en mi Nombre; y no será necesario que yo ruego al Padre por ustedes, ya que él mismo los ama, porque ustedes me aman y han creído que yo vengo de Dios. Salí del Padre y vine al mundo. Ahora dejo el mundo y voy al Padre”.

Juan 16, 16-28

En este evangelio la encarnación se describe como como un venir y volver al Padre. Jesucristo es, por excelencia, “el enviado”. Él es Dios y viene de Dios. En esta página del evangelio, Jesús explica a sus discípulos el sentido de la cruz, de su muerte y resurrección. Pero no usa palabras directas sino más bien alegorías y símbolos.

Primero hay un juego de palabras entre ver y no ver. Ciertamente, cuando muera, ya no lo verán tal como lo ven, pero después de resucitar, lo volverán a ver. Los discípulos no comprenden. Es ciertamente una especie de viaje, es su Pascua, su paso por el mar rojo, pero en este caso, su paso de la muerte a la vida.

Al igual que los discípulos, nosotros tampoco comprendemos bien la muerte y la cruz. Podemos decirlo sin anestesia: Jesús fue asesinado con crueldad y a pesar de ello, de la cruz surgió algo maravilloso. Jesús manifestó de forma inequívoca la esencia



de Dios como amor y como puro don de sí. Es evidente que si no comprendemos la cruz, no podemos avanzar en nuestra espiritualidad.

En aquella época crucificaban a miles de personas. Entonces, ¿Por qué es crucial la cruz de Jesús? Porque en aquella muerte Dios manifestó su amor infinito. Dios es don, y en la cruz hay una trama de entrega. Dios Padre entrega a su Hijo Jesucristo por amor a los hombres para que anuncie y haga presente el Reino; pero la presencia del Hijo es rechazada por las autoridades religiosas hasta tal punto que deciden darle muerte. Por su parte, el Hijo, se entrega a la humanidad durante toda su vida hasta llegar a la cruz, incluso perdonando a sus verdugos. En este contexto, es necesario asumir la cruz de Jesús. Solo podemos alcanzar la felicidad plena cuando la luz del amor atraviesa el madero de la cruz.

Se trata de pasar del viernes santo al domingo de resurrección, y no quedarnos enredados en el sufrimiento, dado que éste tiene sentido sólo en el amor. El sufrimiento solo vale por el amor entregado. Lo demás es masoquismo.

Jesús, ya conoce nuestras dudas. Por eso dice “les aseguro que ustedes van a llorar y se van a lamentar; el mundo, en cambio, se alegrará. Ustedes estarán tristes, pero esa tristeza se convertirá en gozo”.

La pascua comprende la crucifixión de Jesús y luego su resurrección. Pasión y resurrección forman parte del mismo episodio; es más, la cruz no se entiende sin la resurrección.

Jesús les explica que su muerte traerá desamparo y un dolor inconsolable para sus discípulos, pero asegura que esa tristeza se convertirá en gozo. Aquí Jesús explica que la fe no es una alegría emocional porque las cosas marchan bien en nuestra vida. No es una emoción pasajera producida por la serotonina, la “hormona de la felicidad”. Eso es quedarse en la superficie de la existencia humana. En cambio, el gozo cristiano nace de la cruz, del desamparo, después de haber tocado fondo. Es allí cuando aparece el gozo interior. ¿Acaso hay una alegría más profunda que saberse amado por Dios? Y de ese amor brota la vida después de la muerte.

Jesús, con su exquisita pedagogía, explica ese paso de la tristeza al gozo con la alegoría de la mujer que da a luz. Se trata de una experiencia que todos conocemos. El dolor, la angustia y el miedo atraviesan la vida de la madre en el momento crucial del parto. También es cierto que la humanidad y la misma creación se encuentran en “gestación” y gimen con “dolores de parto” tal como nos dice San Pablo (Romanos 8,19).

Pero luego, después de haber pasado por esa difícil experiencia del parto, llega una alegría que hace olvidar lo padecido. De igual manera, cuando Jesús resucitado vuelve a ver a los discípulos, ellos viven una alegría que nadie les puede quitar. Con esa alegría de sentirse acogidos y acompañados, no necesitan más preguntas. En los evangelios Jesús pasa toda su vida enseñando y contestando preguntas. Pero las explicaciones, por más claras y didácticas que sean, sólo son comprendidas desde el corazón. Eso explica la razón por la cual muchas personas que escucharon a Jesús no creyeron. Lo analizaron, lo criticaron, en vez de comprenderlo desde el amor.



La verdad no se reduce a una sentencia ni se encierra en un pensamiento filosófico. La verdad es Alguien, es Dios. Por eso, cuando se ha comprendido desde el corazón, es decir desde la vida, no se necesitan más preguntas. Creer es sentirnos amados y amar; creer es enamorarnos de Dios y comprometer la vida en ello. Y cuando esto acontece, nuestro ser se estremece. Si sabemos que Dios está con nosotros, las preguntas sobran y comprendemos que nadie nos podrá separar del amor que Dios nos tiene.

Finalmente este texto termina con el mismo tema que inicio. La venida de Jesús desde el seno del Padre. Por eso dice “salí del Padre y vine al mundo. Ahora dejó el mundo y voy al Padre”. Aquí la encarnación del Hijo de Dios se expresa en término de un viaje, donde el Padre lo envía al mundo, dentro de su misión de salvación. Esta referencia al “envío” suponen la preexistencia del Hijo antes de la encarnación, dado que “en el principio”, como Palabra de Dios, “estaba junto a Dios y era Dios (Juan 1,1)¹³.

Nuestra espiritualidad debe incorporar la resurrección desde una perspectiva trinitaria, donde están presentes el Padre, el Hijo y el Espíritu. Es un amor que se desborda y derrama sobre nosotros.

→ Para profundizar

- Creer es enamorarnos de Dios y comprometer la vida en ello. Y cuando esto acontece, nuestro ser se estremece
- Si sabemos que Dios está con nosotros, las preguntas sobran.
- Nadie podrá separarnos del amor que Dios nos tiene.

¹³ Fuera del prólogo, esta preexistencia del Hijo aparece claramente en Juan 17,5, donde dice: “Ahora Padre glorificame junto a ti con la gloria que yo tenia contigo antes que el mundo existiera” (Juan 17,24).



6. La sanación de sentirse consolados: la experiencia de María Magdalena

María Magdalena se había quedado fuera, llorando junto al sepulcro. Mientras lloraba se asomó al sepulcro y vio a dos ángeles vestidos de blanco, sentados uno a la cabecera y otro a los pies del lugar donde había sido puesto el cuerpo de Jesús. Ellos le dijeron: "Mujer, ¿por qué lloras?". María respondió: "Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto".

Al decir esto, se dio vuelta y vio a Jesús, que estaba allí, pero no lo reconoció. Jesús le preguntó: "Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?". Ella, pensando que era el cuidador de la huerta, Le respondió: "Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo iré a buscarlo". Jesús le dijo: "¡María!". Ella lo reconoció y le dijo en hebreo: "Rabboní", es decir Maestro".

Juan 20, 11-18

Las apariciones de Jesús resucitado nos desconciertan y nos dejan “desnudos” ante nuestros temores más profundos. María Magdalena tiene un rol central. Ella es la primera que va al sepulcro en la madrugada y descubre que la piedra ha sido removida. Esto es extraño. Ante la duda sobre el robo del cuerpo de Jesús, avisa a los otros discípulos. No sabe que ha pasado.

En un segundo momento, María Magdalena regresa al sepulcro vacío y se queda llorando inconsolablemente. Es el llanto de no saber qué ha pasado. Es la vida que a veces no tiene explicación y nos golpea. Es cierto que nacemos sin saber el sentido de nuestra vida; ni siquiera sabemos cuántos años viviremos. Pero de algo estamos seguros: vamos a morir.

En efecto, el sepulcro vacío es algo desconcertante. Algo ha trastocado el orden de las cosas porque el cuerpo de un muerto ha desaparecido. La muerte ha arrebatado a Magdalena todos los sueños y esperanzas. Y el mal no está en la muerte, sino en la falta de sentido. Sufrimos la muerte como un dolor irreparable cuando es, en realidad, pasar de este mundo a la casa del Padre.

Todos sabemos que hay cosas que se comprenden después de haber llorado, a fin de descubrir cuánto se ama y cuánto se ha amado. Cada uno de nosotros, al igual que María Magdalena, lloramos por dentro en cada ausencia, en la muerte de nuestra madre, en la enfermedad, en el dolor de quienes duermen en la calle sobre un cartón mojado. ¿Cuántas veces quedamos solos en el silencio preguntando al Señor ¿Qué quieres de mí?, ¿Qué quieres que haga?

Y pasamos cubiertos de rocío toda la noche hasta que despunta el alba. Porque es necesario que las sombras de tristeza que anidan en nuestro corazón sean evaporadas por la luz del sol. De pronto, María Magdalena presiente la presencia de



alguien detrás suyo. Es claro que, mirando al sepulcro, símbolo de la muerte, no encontraremos nunca a Dios dado que “no podemos buscar entre los muertos al que está vivo” (Lucas 24,5).

A veces en nuestra búsqueda de Dios, avanzamos, corremos agitados, forzamos los acontecimientos, nos enojamos con nuestra realidad. Muchas veces los problemas parecen irresolubles y los dolores insoportables. Pero encerrados en estos sentimientos nunca encontraremos luz. Es necesario detenernos y girar nuestra mirada, dado que él está a nuestro lado. Por eso es necesario un retiro interior, unas vacaciones del alma.

La vida puede ser un camino jalonado de bellos momentos si descubrimos una espiritualidad cristiana, es decir encarnada, basada en ese Cristo que ha puesto su tienda entre nosotros. Es como una ola que nos arroja y nos pone de cabeza, es como una tormenta que cambia el rumbo de nuestros planes, es como un viento que nos estremece. Es Dios que refresca nuestra frente, nos quita la fiebre y nos acaricia el alma con ternura.

El amor es darse, despojarse de uno mismo para hacer feliz al otro. Por ello, Dios solo puede salir hacia el mundo, amando. Quizás sea el momento de romper nuestras pretensiones de manejar a Dios para dejarnos encontrar por él. Jesús se aparece a María Magdalena y ella no lo reconoce.

El inicia el dialogo con una pregunta “Mujer ¿Por qué lloras? ¿A quién buscas? Y ella lo confunde con el jardinero.

¿Cuántas veces Jesús te pregunta porque estas llorando? ¿Cuántas veces Jesús te pregunta a quien buscas? Muchas veces la vida es una búsqueda de cosas que supuestamente colman nuestra felicidad, la riqueza, el prestigio, el poder. Pero la pregunta sobre la felicidad está mal planteada. No se trata de cosas sino de alguien: ¿A quién buscas? Nosotros buscamos amar y ser amados. Buscamos a Dios, lo sepamos o no.

Cuando Jesús le dice “María”, ella queda conmovida y cae un abrazo desconsolado. Y de pronto, el abrazo se transforma en un pedido de misión, a fin de que vaya a sus hermanos y les anuncie que “sube a su Padre”. De esta manera, María Magdalena se transforma en apóstol de los apóstoles, en la primera evangelizadora que tiene como tarea anunciar la resurrección.

Evidentemente, cada uno de nosotros también necesita que Dios nos llame por nuestro nombre, que nos resucite por dentro y nos llene de gozo. De esta manera nuestro pecho se enciende. Entonces escucharemos sus palabras, las únicas que valen la pena en la vida: “estoy aquí contigo, te conozco, creo en ti, te amo”.

Este episodio nos muestra que la fe no es ciega, al contrario, es la razón que capta el verdadero sentido de los hechos¹⁴. Es la lectura más razonable de la realidad. Y el principio de la fe es el amor. Por eso dice Juan “nosotros hemos conocido en amor que

¹⁴ Fausti, S. 2014. Una comunidad lee el evangelio de Juan. Editorial San Pablo, Buenos Aires, p. 591.



Dios nos tiene, y hemos creído en él” (1Juan 4,16), de manera que primero se encuentra vivir el amor que nos abraza para luego creer.

Cuando los discípulos se encuentran en el umbral del sepulcro se colocan justo en el borde entre los que necesitan “mirar y tocar” el cuerpo resucitado y los que “creen sin ver”. En el lenguaje del evangelio pasamos de “mirar” a “ver” y ese “ver” surge del amor. Quien se siente amado, ama y ve a Dios. En cambio, quien no ama, mira sin ver.

Por eso Jesús exclama “¡felices los que creen sin haber visto! (Juan 20,29), porque el amor despierta, poco a poco en la comunidad de creyentes, la capacidad de ver con el corazón. Creer es ver con el corazón después de haber amado lo suficiente para no necesitar más preguntas.

➡ Para profundizar

- ¿A quién buscás? Buscás amar y ser amado. Buscás a Dios, lo sepas o no.
- Todos necesitamos que Dios nos llame por nuestro nombre, nos resucite por dentro y nos llene de gozo.
- Creer es ver con el corazón después de haber amado lo suficiente para no necesitar más preguntas.